



Circolare del Superiore Generale

SOCIETA DI MARIA - MARIANISTI

CIRCULAR N° 15

A TODOS LOS RELIGIOSOS MARIANISTAS DE MENOS DE 40 AÑOS

P. David Joseph Fleming, S.M.
Superior General de la Compañía de María,
Misionero Apostólico

**Roma, 2 de octubre de 2005
188° Aniversario de la
Fundación de la Compañía**

CIRCULAR NO. 15
2 de octubre de 2005
188° Aniversario de la
Fundación de la Compañía

DAVID JOSEPH FLEMING, S.M.
Superior General y Misionero Apostólico,
a todos los Hermanos de la
Compañía de María

A TODOS LOS RELIGIOSOS MARIANISTAS DE MENOS DE 40 AÑOS

Estimados hermanos:

A lo largo de los últimos nueve años, trabajando en Roma y visitando las distintas Unidades de la Compañía por todo el mundo, me ha llamado la atención el papel desempeñado por las distintas generaciones de la Compañía. Cada grupo de edad aporta distintas gracias, distintos retos y necesidades.

Este año, a medida que voy aproximándome al final de mi servicio en la Administración General, espero escribir tres circulares: ésta especialmente dirigida a vosotros, nuestros religiosos más jóvenes, otra (ya publicada) a los religiosos por encima de los 70 años, y una tercera a los comprendidos entre ambos. Si os interesa, quizá también deseéis leer las cartas dirigidas a los otros grupos. De este modo, espero estimular cierta reflexión acerca de nuestras tareas vitales y cierto diálogo entre los distintos grupos de edad de la Compañía.

Es un placer escribiros esta carta a vosotros, nuestros religiosos por debajo de los 40. Mirándoos, podemos tener una idea de la Compañía de María del futuro. Sois 254 en la Compañía, el 18% del número total de religiosos, provenientes de todos los continentes en los que estamos presentes: 93 de Asia, 91 de África, 29 de América Latina, 26 de Europa, 15 de los Estados Unidos.

188 años atrás, el Padre Chaminade comenzó la historia de la Compañía con un grupo de siete hombres de vuestro grupo de edad. Todos ellos eran franceses pero, como vosotros, tenían distintos temperamentos y educación. La Compañía de María de hoy es el producto de aquel modesto pero ferviente comienzo.

No todo lo que escribo puede aplicarse a cada uno de vosotros. Los que acaban de pronunciar sus primeros votos y se encuentran en programas de formación inicial son bastante diferentes de los que ya tienen los votos perpetuos y cuentan con una sólida experiencia en la vida marianista. Muchos de vosotros tampoco sois tan jóvenes: una persona en la década de los 30 ya está madura. Tenéis antecedentes laborales y educativos diferentes. Pero también tenéis ciertas características comunes que me permiten hablaros como a una generación específica de marianistas que compartís ciertas experiencias.

Os escribo para agradeceros vuestro testimonio de fe y esperanza al dedicar vuestra vida como marianistas. Vuestra energía y espontaneidad son un tesoro para nosotros. Vuestro

idealismo y vuestra cercanía a los jóvenes de hoy nos aportan dones muy especiales al resto de nosotros. Deseo aseguraros que los marianistas de todo el mundo creen en vuestro potencial y que vuestras profundas aspiraciones les llenan de alegría.

Quiero aseguraros también que los marianistas de mayor edad pensamos, desde nuestra experiencia, que nuestra vocación merece la ofrenda de toda una vida. Un investigador laico que entrevistó a muchos de nuestros marianistas de más edad en una de nuestras mayores Provincias me dijo que ni uno siquiera había expresado arrepentirse de su vida. Cada año tengo el privilegio de recibir una nota personal de muchos de los hombres que celebran jubileos de cincuenta o sesenta años o más. Una y otra vez, como en un estribillo, queda patente su convicción: “a pesar de las dificultades que haya podido experimentar o de las limitaciones que pueda sentir ahora en la vejez, me siento feliz por mi vida como marianista, agradecido por ella. ¡Ha valido la pena!” Vuestros hermanos mayores están convencidos de que vosotros, también, podéis encontrar alegría y plenitud, santidad y felicidad, motivo y significado, en nuestro modo de vida.

También os escribo para invitaros de nuevo a uniros a todos nosotros en un estilo de vida y misión que responde al mundo de hoy en día. En esta carta espero compartir algunos pensamientos acerca de la rica y característica contribución que hacéis a nuestra vida como una comunidad mundial.

Culturas, globalización e inculturación

Mostráis mayor diversidad cultural que cualquier grupo anterior de marianistas en la historia. En el pasado nuestros religiosos venían en su mayor parte de Europa y de los Estados Unidos. Pero en vuestro caso la proporción más importante viene de India (88), Kenya (26), Togo (26), Congo (22), España (21), Costa de Marfil (17), Colombia (17), y de los Estados Unidos (15). Vuestras filas están creciendo con nuevos jóvenes que se unen a la Compañía, especialmente en los países que acabo de citar. Mediante vuestra presencia estáis contribuyendo poderosamente al proceso de inculturación y globalización de la solidaridad entre nosotros.

La inculturación es una tarea especial para vuestro tiempo. La mayoría de vosotros venís de culturas no-dominantes con una experiencia relativamente breve del carisma marianista. En muchos de vuestros países el cristianismo ha sido siempre una religión minoritaria. En otros, existe una tradición cristiana, pero la mayoría ya no vive activamente la vida de la Iglesia. Buscando con nosotros en profundo respeto hacia vuestra propia herencia cultural, podéis ayudarnos a todos a conocer qué significa implantar o renovar nuestro carisma como una presencia viva y un don que supone un reto en vuestro tiempo y lugar. Podéis ayudarnos a ver las implicaciones para el modo en el que vivimos, para nuestras relaciones con los que nos rodean, para nuestros patrones de pensamiento y formas de comunicación con los demás, y para nuestras formas de oración y de apostolado. Contamos con vuestra ayuda en este campo esencial.

Como otros miembros de vuestra generación, habéis crecido en un mundo en vías de globalización. Viváis donde viváis, en muchos aspectos os parecéis a los jóvenes de vuestra edad de la mayoría de los países del mundo de hoy. Tenéis experiencias similares, quizá vestís ropas parecidas, probablemente os gusta la misma música y las mismas películas. Muchos de vosotros sois muy hábiles usando las nuevas tecnologías para obtener información y mantener una amplia gama de amistades con personas de distintos lugares. No creo que tengáis que renunciar a la identidad de vuestra propia cultura, aunque a veces tienda a

desdibujarse y convertirse en algo más homogeneizado, transnacional. Intentad resistiros a esta homogeneización. Al mismo tiempo, esforzaos por entender y ser sensibles a experiencias humanas que son muy diferentes de las vuestras. No intentéis reducirlo todo demasiado rápidamente a un denominador común. Idealmente, vuestra propia cultura puede fusionarse con la identidad transcultural de vuestra generación en un todo armonioso. A partir de vuestra experiencia cultural, podéis hacer vuestra propia contribución característica a nuestra vida marianista. Este es un gran reto para todos vosotros.

Desarrollando una profunda identidad espiritual: Crecimiento espiritual continuo

Vuestra generación se caracteriza por su búsqueda de la espiritualidad. Hace algunos años, la vida y la práctica espirituales chocaban con demasiada frecuencia con el escepticismo y el rechazo críticos. Hoy suscita un interés fascinante entre bastantes de vuestros contemporáneos. Este fenómeno varía mucho de un país a otro. En muchos lugares, eruditos y periodistas hablan y escriben acerca de un renovado interés por la búsqueda de una identidad espiritual. Esta búsqueda frecuentemente parece suceder más allá de los límites de cualquier religión organizada. Cualquiera que tenga un mensaje espiritual convincente y fruto de la experiencia es escuchado respetuosamente. Sin embargo la gente de hoy, vuestros contemporáneos, en su conjunto, parecen saber poco más que nada sobre nuestra herencia espiritual cristiana.

Como marianistas comprometidos con la formación en la fe, es nuestra tarea, jugando vosotros un papel esencial, hacer conocer a la gente de hoy la profunda herencia cristiana, ofrecer una base espiritual y teológica seria y sólida para aspiraciones aún sin formar, ayudar a salvar la distancia entre experiencias espirituales individualistas e idiosincrásicas y la herencia de la comunidad cristiana. Esto significa que necesitáis seguir profundizando vuestras raíces en el evangelio y en el carisma marianista, de forma que os convirtáis en personas convencidas y experimentadas, que conocen y practican la espiritualidad cristiana y marianista, y son capaces de compartirla con los demás. Estáis llamados a convertirlos en genuinas personas de oración, llenos de lo que el Congreso Mundial sobre Vida Consagrada celebrado el año pasado denominó “una pasión por Cristo, y una pasión por la humanidad”.

Un paso clave es llegar a conoceros mejor a vosotros mismos y a vuestra propia vocación. Dios tiene un plan para vosotros: esa es la convicción fundamental de cada vocación auténtica. Este plan es único, y el papel que Dios tiene para ti es profundamente personal. Probablemente aún tengáis mucho que aprender acerca del plan personal de Dios para vosotros. Debéis contemplar este plan, ver cómo os ha ido moldeando desde hace largo tiempo y cómo sigue moldeándoos hoy. Esto quiere decir que necesitáis conoceros en profundidad, apreciar cuáles son vuestros puntos fuertes y débiles característicos. También significa que necesitáis comprender de qué modo Dios os llama para formar parte de una comunidad viva y en crecimiento, tendiendo la mano a personas que necesitan el amor y la misericordia de Dios.

Concentraos en el auto-conocimiento, no para saciar vuestra curiosidad o para satisfacer vuestro ego, no por narcisismo o por la obsesión del yo, sino para agradecer los dones de Dios, para ser conscientes de los retos que Él os plantea, para enfrentarlos honestamente a vuestros sentimientos, no para vivir ninguna mentira, sino para daros más plenamente a los que os rodean y para dedicaros con integridad, tal y como verdaderamente sois, al servicio de Dios. Las personas de vuestra generación, como todas las demás, pueden fácilmente engañarse o distorsionar sus inseguridades y carencias hasta convertirlas en obstáculos reales.

Por el contrario, a medida que llegáis a conocerlos, aceptarlos y amarlos tal como sois, podéis hacer realidad, realista y humildemente, el plan que Dios tiene para vosotros.

Vuestra identidad como marianistas, si queréis que resulte valiosa para los demás, ha de estar anclada en un profundo sentido de la presencia de Dios y de María. Tenéis que establecer un vínculo entre el amor personalizado de Dios por vosotros y la rica herencia que compartimos a través de nuestra identidad como católicos y marianistas.

Nuestra herencia católica y marianista no puede darse simplemente por sentada, sin estudiarla. La gente de hoy recurrirá a vosotros para “dar razón de la esperanza que hay en vosotros” (I Pedro 3:15). Es importante seguir creciendo en el sentido de vuestra tradición católica, siendo cristianos convencidos y elocuentes, parte consciente de la gran comunidad a lo largo del tiempo y del espacio que es nuestra Iglesia Católica. Algunos de nosotros demasiado rápidamente pensamos que conocemos todas las respuestas o adoptamos una casi-indiferencia respecto a la herencia de nuestra fe, viviéndola externamente sin profundizar más. Es importante seguir aprendiendo, seguir dilucidando la riqueza de nuestra herencia, adentrarse en sus implicaciones para la sensibilidad religiosa de hoy. Probablemente veréis cómo seguís descubriendo ideas importantes que marcan una verdadera diferencia en vuestra vida.

Todos los marianistas necesitan profundizar de una manera personal en la riqueza de nuestra herencia marianista. Unos cuantos conceptos favoritos y unos eslóganes superficialmente recordados del noviciado no son suficientes. El Beato Padre Chaminade fue uno de esos grandes fundadores de la historia cristiana y nos dio un carisma que es un don para toda la Iglesia, rico para la espiritualidad personal y también para el dinamismo misionero. Los marianistas de vuestra generación necesitan reapropiar y desarrollar la comprensión y la vivencia de este carisma; necesitamos en vuestro tiempo una nueva generación de personas como Simler, Klobb, Domingo Lázaro, Neubert, y tantos otros, vivos y muertos, que han transmitido ese carisma y lo han enriquecido. Es alentador ver que algunos de vosotros ya habéis emprendido esta tarea, a través de libros, documentos, y de la participación en encuentros como Horizontes.

La voluntad de profundizar y crecer en nuestra identidad católica, marianista, es una parte clave de esa virtud de preparación que Chaminade denominaba “obediencia preparatoria”. Es la disposición a seguir aprendiendo, a dejarnos moldear y crecer en experiencias que fluyen de nuestra herencia.

En realidad, todas las virtudes preparatorias enseñadas por nuestro Fundador son especialmente importantes para vuestro tiempo de vida. Creciendo en ellas, los marianistas se convierten en personas más amables, reflexivas, pacientes, tranquilas y centradas, capaces de comunicar una espiritualidad de verdadera valía a quienes les rodean.

Situándoos como católicos de después del Vaticano II

Vuestra generación está entre el primer grupo de católicos y marianistas que ha crecido en la Iglesia posterior al Vaticano II. Dais por sentados muchos de los aspectos de la vida católica que fueron introducidos por el Vaticano II y que aún siguen siendo innovadores para los que somos mayores: liturgia en vuestra propia lengua, compromiso creativo con los problemas sociales de nuestro tiempo, participación de todos en la vida de la Iglesia, invitación al diálogo con otros creyentes, mayor conciencia de las realidades sociales y psíquicas, compromiso con el papel activo del laicado en la vida cristiana. Todas estas cosas aún me

parecen a mí nuevas y frescas, estimulantes en ocasiones, pero vosotros no habéis conocido otra cosa. ¡Qué privilegio!

Habéis vivido la mayor parte de vuestra vida un pontificado que ha reafirmado la identidad católica y ha luchado contra el secularismo. Veo que a algunos de vosotros os inquietan los signos visibles de fe y apreciáis las prácticas devotas tradicionales. Al igual que cierto número de jóvenes católicos de hoy, podéis sentir un intenso deseo de conocer y experimentar esas cosas que fomentan la identidad y la devoción católica tradicional.

A todas las edades, nosotros los marianistas somos personas eclesiales. Encontramos nuestra vida y nuestro sentido dentro de la gran comunión de la Iglesia Católica universal, y en diálogo con otras religiones y con todas las gentes de buena voluntad. Es bueno para vosotros que penséis y oréis acerca de lo que significa ser un católico fiel, en comunión con otros creyentes del mundo, y acerca de cómo podéis compartir la riqueza espiritual de vuestra vida con la gente de hoy en búsqueda de la espiritualidad.

Desarrollando una rica red de relaciones

Muchas de las amistades que estáis haciendo ahora permanecerán con vosotros a lo largo de vuestra vida. Una de las tareas clave de la adultez joven consiste en desarrollar la capacidad de intimidad, aprendiendo a compartir en una red rica y significativa de relaciones humanas. Ahora es tiempo de pasar a un modo más profundo y personal de relacionaros con los demás.

La comunidad de los que comparten el carisma marianista debería ocupar un lugar especial en estas relaciones. La Regla de Vida nos invita a conceder un “lugar preferente” (21) a nuestras comunidades y a hacer de ellas “centros de fidelidad” (2.3). En comunión con otros que comparten una vocación similar, experimentamos un verdadero apoyo y estímulo. La comunidad de relaciones en el mismo carisma comienza con otros miembros de la Compañía, pero también va mucho más allá, hasta los miembros de otras ramas de nuestra Familia Marianista. Junto con ellos, crecemos en el sentido de ser una familia espiritual que es fundamental para nuestro carisma. El Beato Padre Chaminade estaba convencido de que la unión con otros da consistencia y fuerza a nuestras vocaciones y a nuestra misión (*vis unita fit fortior – Espíritu de nuestra Fundación*, par. 690 ff.). Muchos de vosotros ya tenéis experiencia en este tipo de ricas relaciones dentro de la gran Familia Marianista. Esta experiencia debería ser una gracia para todos los marianistas.

Como personas que han hecho voto de celibato, tenéis que aprender un estilo especial de compartir con los demás. Sin duda el celibato es doloroso en ocasiones, aunque también tiene un gran potencial de auto-entrega. He escrito en otras ocasiones acerca de la necesidad de cultivar un corazón abierto, anclado en Dios, en la vida de comunidad y en la misión. Tenemos que estar dispuestos a dejar entrar a los demás, a compartir con ellos en niveles muy profundos. Al mismo tiempo debemos ser lo suficientemente generosos para dejarles ser ellos mismos y no pedir ninguna respuesta específica por complacernos. El ideal es convertirnos en canales de la gracia de Dios que fluye a través de nosotros, transformándonos y extendiéndose a los demás.

La Regla de Vida habla magníficamente acerca de cultivar un “corazón no dividido”, acerca de convertirnos en una “fuente de vida y de amor desinteresado y abierto a todos”, acerca de ser libres para “trabajar por el Reino de Dios en la tierra” (22), y acerca de buscar “rectitud, sencillez y libertad interior en nuestras relaciones” (2.4). Estos maravillosos ideales dan forma a muchas luchas a lo largo de toda la vida; pero luchas como éstas de vivir el celibato

en misión y con la comunidad merecen la pena. Aprender el auténtico amor del celibato es una tarea especial de este momento de vuestra vida. Este debería de ser un tema continuo en la dirección espiritual de todos.

Un amor por Dios experimentado y sentido personalmente, y un amor expansivo, generoso y creativo por muchas otras personas son necesarios. Sin ellos, nunca lograréis desarrollar esa rica red de relaciones que es un canal para la gracia de Dios en nuestras comunidades y en nuestra misión. Los recientes tristes acontecimientos de la Iglesia subrayan lo difícil que es amar a los demás en honesta castidad y en celibato. ¡Pero qué importante es ese testimonio! No muchos en el mundo de hoy comprenden el significado y el valor de nuestro compromiso de celibato. Probablemente no hay nada más importante en este tiempo de vuestra vida que aprender a amar, a relacionaros con los demás de un modo que merezca la pena, pero también aprender a dar libertad y no tanto a controlar.

Un estilo positivo, afirmativo, encarnacional

En algunos círculos de la Iglesia está de moda hablar en términos condenatorios acerca del mundo en el que vivimos. Un artículo que he leído recientemente definía a la cultura de hoy como una cultura de la “banalidad, vulgaridad, mediocridad, e incluso del exhibicionismo”. Habitualmente las condenas resuenan contra los males del mundo: secularismo, individualismo, consumismo, relativismo, hedonismo, narcisismo, irracionalidad...

Hay mucho de verdad en estos análisis. El mundo en el que vivimos es un gran “teatro de la historia humana” (*Gaudium et Spes*, no. 2) en el que se representan dramas personales y colectivos. Los poderes del mal y del sinsentido juegan un papel clave en estos dramas. Las Escrituras nos recuerdan el continuo conflicto entre el Reino de Dios y nuestro destructivo egoísmo humano. La primera homilía de nuestro nuevo Papa nos recordaba que el mundo puede ser un desierto, o un mar de amarga agua salobre. Nuestro Beato Fundador comparaba el mundo de su tiempo con un “humo negro y pestilente” y una “noche oscura” (carta del 24 de agosto de 1839). Nadie puede negar la verdad y la importancia de estas afirmaciones.

Aún así, creo que vosotros los jóvenes estáis especialmente bien situados para ayudarnos a ver la otra cara de la moneda: la bondad y la gracia que nuestro Creador-Dios también está plantando en el mundo de hoy. Una de mis principales peticiones a vosotros es que améis este mundo en el que vivís y en el que estáis llamados a jugar un papel durante muchos años. Sabemos que nuestro mundo viene de las manos creadoras de un Dios de amor, que miró en torno a sí al comienzo y “vio que era bueno” (Gen. 1, 10), y que “de tal manera amó Dios al mundo que ha dado a su Hijo unigénito” (Juan 3, 16)

Estáis en un momento de la vida en el que es normal hacer descubrimientos sobre las grandezas y las miserias de este mundo nuestro, saborear la belleza de la naturaleza y de la cultura, sumergirse en las profundidades de la sabiduría y el amor que nos rodea y también de la maldad y el salvajismo. Os animo a que no perdáis vuestra capacidad de sorpresa y de admiración, vuestra pasión por construir cosas buenas. Dios sigue amando el mundo, hoy, y vosotros también deberíais amarlo. La frescura de vuestras percepciones y vuestra cercanía a las mentes y a los corazones de los jóvenes de nuestro tiempo nos ayudarán a trabajar todos juntos para reforzar y confirmar lo que es bueno.

Creo que hay algo profundamente marianista en adoptar un enfoque positivo respecto al mundo. Nuestra espiritualidad se basa en la Encarnación, la venida de Dios a este mundo, la presencia en plena realidad humana y física de un Dios que se preocupa profundamente por

nosotros. Los marianistas siempre han cultivado una cercanía fraterna con los que les rodean, compartiendo sus “gozos y esperanzas, tristezas y angustias” (Vaticano II, *Gaudium et Spes*, no. 1). Desde nuestros comienzos, nuestra tradición educativa nos ha predisposto a “preservar y cultivar” lo que es naturalmente bueno, a discernir la presencia de Jesucristo en todo, a “no dar por malo todo cuanto no sea absolutamente bueno”, a entender nuestro papel como “sembrar y no cosechar” (Constituciones de 1891, arts. 262-268 *passim*).

María es un modelo de este tipo de espiritualidad encarnacional. No era ingenuamente optimista: en realidad, tenía una experiencia particularmente fuerte del poder de la maldad y de los obstáculos al Reino de su Hijo (la opresión de su pueblo, malentendidos de los más cercanos a ella, su pobreza, su exilio como refugiada en Egipto, su experiencia de la pasión, y tantas cosas más). Aún así, amaba el mundo en el que vivía. Sin reservas, asumió el riesgo y dijo “sí” (*fiat*) al difícil plan que Dios tenía para ella, reflexionó con amor en su corazón, sirvió como una atenta proveedora (Caná), como madre y fuente de sabiduría en la primera iglesia.

Os invito a dejar que María sea vuestro modelo en un enfoque lúcido y honesto aunque positivo y de amor hacia el mundo que os rodea. Como la siguiente generación de marianistas, contamos con vosotros para transmitir la fuerza positiva y afirmativa de nuestro carisma.

Retos característicos, tentaciones, oportunidades de crecimiento

Cada edad y cada generación tienen sus tentaciones y retos característicos. Pueden verse como oportunidades de crecimiento. Simplemente me gustaría mencionar tres que podrían merecer vuestra reflexión.

La perseverancia y la permanencia parecen especialmente difíciles para los jóvenes de hoy. Demasiados se rinden y abandonan sus ideales y sus compromisos con personas y comunidades concretas. Estas tentaciones entran en conflicto con nuestro voto marianista de estabilidad, cuyo objetivo es ayudarnos a “experimentar el dinamismo creador que tiene un compromiso permanente”, para ayudarnos “en momentos de flaqueza” y que de este modo nos conduce a “progresar en la madurez y a crecer en el amor” (Regla de Vida 1.6).

El pensamiento post-moderno existe en una cultura de provisionalidad y relativismo, una falta de disposición a aceptar algo como definitivo. Hoy es fácil pensar que todo puede cambiarse, que podemos comprometernos de la forma más flexible posible en relaciones institucionales, personales y sociales. Estamos acostumbrados a un mundo en el que nuestros deseos pueden cumplirse instantáneamente; y si la obstinada realidad se interpone en nuestro camino, rápidamente nos rendimos. La vida comunitaria religiosa pierde su solidez si aceptamos estas actitudes.

A la gente siempre le ha parecido difícil la perseverancia y la permanencia, pero hoy parece incluso más difícil que antes. Los resultados pueden verse en las relaciones con los amigos, en el matrimonio, en la vida profesional, en las carreras de estudiantes y de trabajadores, así como en la vida religiosa. Muchas personas quieren mantener compromisos tan flexibles y abiertos que nunca pueden estar seguros de nada. Muchas veces acaban sintiéndose ansiosos y muy solos, sin ningún ancla segura en su vida.

Joan Chittister escribe: “El compromiso se hace diariamente, no una vez y para siempre. Es algo que desarrollamos a medida que vivimos, y no algo a lo que llegamos por completo, de

repente” (*Called to Question*, Sheed and Ward, 2004, p. 79). Sí que es cierto que con el tiempo todos nosotros cambiamos nuestras motivaciones. Entramos en la vida religiosa con un conjunto de motivaciones y sueños que gradualmente van cambiando. Podemos esperar que los nuevos sean más maduros, profundos y sabios.

Por mucho más que yo crezca o siga creciendo, para cuando hago un compromiso permanente como el matrimonio, o la ordenación, o los votos perpetuos, con la ayuda de una comunidad y con una buena dirección espiritual, debería estar listo para afirmar que permaneceré firme en la vida en el sendero que he elegido. Seré persistente, sean cuales sean los cambios, riesgos y retos que puedan surgir en mi camino. Prometo seguir en la vía y en la comunidad que he elegido, en un contexto social rico, beneficioso, y de crecimiento para mí y para otros. Joan Chittister añade: “El compromiso me da la oportunidad de permanecer en mi sitio y de crecer. No se trata de permanecer en su sitio y degenerar”. A través de la fidelidad a un compromiso permanente puedo desarrollarme y convertirme en “un ser humano profundamente lleno del Espíritu cuya presencia es un don para el mundo” (*ibid.*, pp. 81-82).

Otra tentación característica, extrañamente relacionada con la anterior, es cierta prudencia excesiva con respecto a uno mismo. Muchos jóvenes son sorprendentemente perfeccionistas. No quieren cometer ningún error. A algunos les cuesta confiar en la ayuda y el apoyo de aquellos con quienes viven en comunidad y trabajan en equipos apostólicos. Nunca sienten que están listos para comprometerse y lanzarse a un servicio específico de ciertas personas específicas en un lugar específico.

Hay gente que puede pasar la vida entera intentando decidir, preparándose para vivir sus vidas. Prefieren seguir preparándose para el gran momento que puede llegar alguna vez en el futuro. Quieren estar seguros de que sus condiciones de vida y de trabajo serán óptimas y de que su singularidad individual será plenamente valorada. En ocasiones se centran demasiado en comodidades e incentivos, y pueden ser autoritarios y exigentes cuando tienen alguna responsabilidad. Buscan excesivamente la aprobación de todos.

Una tercera tentación se refiere a la falta de transparencia. Nunca es fácil ser abierto, franco y comunicativo acerca de nuestros pensamientos y sentimientos íntimos. La tentación de ocultar algo resulta incluso más frecuente en situaciones de interculturalidad, donde hay notables diferencias de cultura, origen y formación entre personas de distintas edades. A veces parece que es más fácil mantener los secretos, ocultar problemas difíciles o diferencias de opinión, involucrarse en conductas inapropiadas conocidas por los compañeros pero desconocidas por los superiores, y caer en la difamación. Estos problemas normalmente acaban por descubrirse y provocan situaciones dolorosas, creando un clima de desconfianza y resentimiento. Es importante para todos nosotros aprender a tratarnos unos con otros de manera abierta y honrada, afrontando directamente las diferencias y los problemas en vez de ocultarlos.

Actitudes como éstas —inestabilidad, excesiva prudencia respecto a uno mismo, falta de transparencia— sofocan el coraje apostólico y la creatividad.

Algunas contribuciones características a la misión

Superando estas tentaciones, haréis una sólida contribución a todos nosotros en la misión. Por ejemplo, es natural para la mayoría de vosotros estar cerca de gente joven. El apostolado de la juventud ha sido la fuerza principal de nuestra misión marianista desde el comienzo. Podéis ayudarnos al resto de nosotros a comprender y apreciar a los jóvenes que nos rodean, a

responder creativamente y con inquietud genuina a sus esperanzas, aspiraciones y temores. Debéis asumir un papel clave invitando a otros jóvenes a unirse a nosotros. Vuestra cercanía a los jóvenes es uno de vuestros más ricos dones al resto de nosotros.

La mayor parte de vosotros habéis recibido una buena educación, tanto antes como después de uniros a la Compañía. Dais la profesionalidad y la competencia por descontado. Y eso está muy bien.

Por vuestra juventud, es más natural para vosotros ser pioneros, tomar parte en nuevos esfuerzos en nuestra misión. Muchas veces estos esfuerzos son con gente pobre o con personas marginadas o abandonadas. Muchos de vosotros tenéis una inquietud muy desarrollada por la justicia, la paz, y un profundo respeto por la creación de Dios. Actualmente, en casi todas las Unidades, tenemos importantes nuevos ministerios centrados en estas inquietudes. Podéis ayudarnos al resto de nosotros a estar en contacto con las “nuevas cosas” que Dios está haciendo brotar en nuestro tiempo (Isaías 43, 19; cf. Capítulo General de 2001).

Los marianistas somos todos misioneros. Sea cual sea vuestra tarea, no sois guardianes invitados simplemente a conservar y proteger, ciegamente y sin creatividad, algún tipo de herencia del pasado. Puede que se os pida añadir una nueva dimensión a la misión en alguno de los lugares y obras donde llevamos presentes desde hace mucho tiempo, o puede que se os llame a uniros a otros en la fundación de una nueva “misión permanente” en algún nuevo lugar.

Por supuesto, tenéis que estar dispuestos a aprender de los demás y a trabajar estrechamente con ellos, a aprender de su experiencia. Como marianistas, no estáis llamados a ser “solitarios” en misión. Pero, no tengáis miedo de lanzaros a las profundidades con creatividad porque, como nuestro Fundador decía, “todos sois misioneros”.

Cuando recientemente escribí a nuestros religiosos de más edad, concluí la carta con una imagen de una María de cierta edad, sabia y madura, creada por el marianista Joseph Aspell de California. No creo que necesite ninguna imagen especial de María para vosotros. La gran mayoría de las imágenes habituales que tenemos de María la muestran como una mujer joven, de vuestra edad o más joven aún, abierta a las palabras del Señor y al plan de Dios para ella. Suele representarse en una posición de responsabilidad, como una joven madre portando al Autor de la Vida en forma de bebé entre sus brazos.

Os invito a mirar hacia María mientras meditáis sobre los retos de este momento de vuestra vida. Encontraréis en ella una clave para vivir el plan que Dios ha diseñado para vosotros, fiel y creativamente, en solidaridad con las muchas personas que os necesitan, en este momento y durante el resto de vuestra vida. ¡Que camine con vosotros a medida que avanzáis en la fe y en el servicio a los demás!

Fraternalmente,

David Joseph Fleming, S.M.
Superior General